

PLUMAS y LAPIZ



NÚM. 44



Ahora que las exageraciones de unos cuantos exaltados y la mala fe de otros, empeñados en desfigurar la verdad abultándola desmesuradamente, hace que por parte de no pocas personas, se mire con recelo á la región catalana, es obra de justicia y de oportunidad la de recordar los esfuerzos hechos en toda ocasión y en todo tiempo por los pueblos de esta región en pro de la nacionalidad española, desde que se constituyó ésta, ó mejor dicho, se reconstituyó, mediante la boda de los Católicos Isabel y Fernando.

No hay persona medianamente ilustrada, y casi estaría mejor dicho que no hay quien no sea un ignorante, que desconozca esa página inmortal de la historia patria que se llama el sitio de Gerona, en los comienzos del pasado siglo. Gerundenses y zaragozanos estuvieron á igual altura en heroísmo y mostraron igual grandeza en la desgracia. Cadáveres y ruinas hallaron sólo los franceses en la ciudad del Ebro; sólo ruinas y cadáveres encontraron los soldados de Napoleón en la ciudad del Ter. Dignas de puesto más importante que esta modesta serie de artículos fueron las proezas de los que, al mando del insigne Alvarez supieron morir, lo cual es más difícil que saber triunfar; pero no vamos á hablar ahora de los altos hechos por ellos realizados. Preferimos recordar otros más lejanos y por lo tanto menos conocidos de la generalidad, aunque tan merecedores de loa como los primeros, y que dieron origen á una leyenda que pudiera muy bien intitularse *El triunfo de los moscones*.

Sabido es que mientras la casa de Austria ocupó el trono español, empleóse la mayor



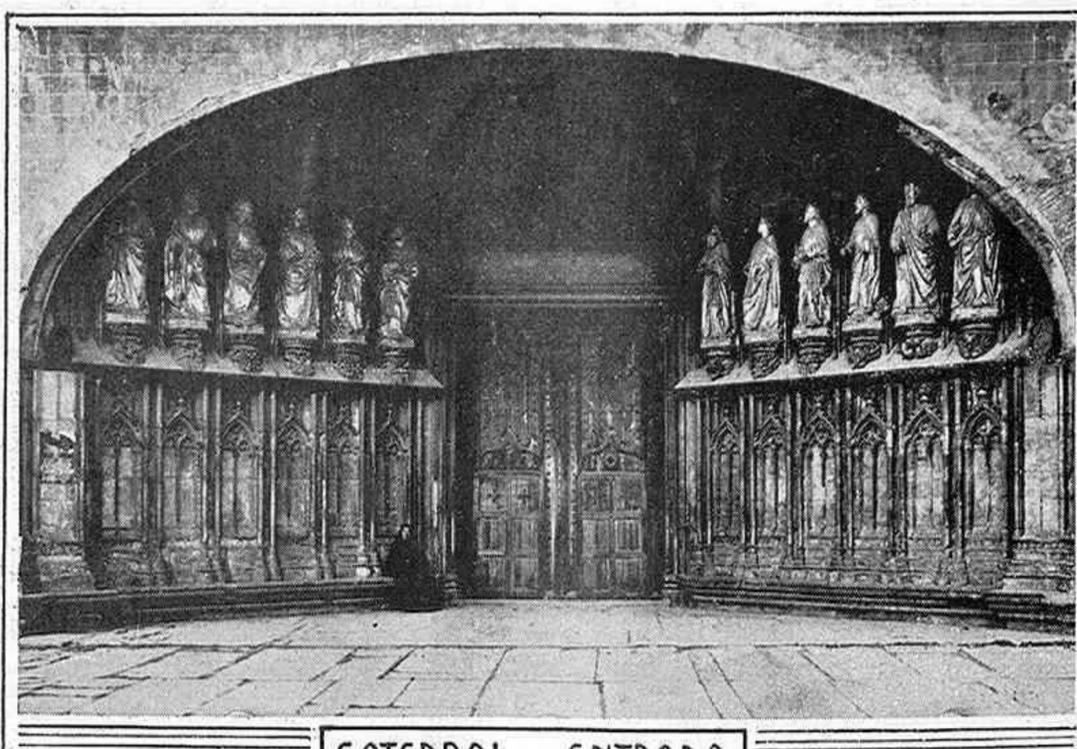
parte del tiempo en guerrear contra los franceses y que si en los gloriosos reinados de Carlos I y Felipe II llevamos la mejor parte en la contienda, luego hubo de tocarnos la de perder y nosotros que habíamos llevado nuestras armas hasta las mismas puertas de París, vimos invadido nuestro territorio, y al ocurrir esto fueron naturalmente las comarcas próximas al Pirineo las primeras que hubieron de sufrir las consecuencias de la lucha. Así fué como, á mediados del siglo XVII, las tropas francesas, al penetrar en nuestra patria, hubieron de tropezar con

Gerona, y no creyendo oportuno dejar á sus espaldas plaza fuerte entonces tan importante, decidieron rendirla antes de seguir adelante en su marcha.

Pero una cosa es tomar un acuerdo y otra muy distinta llevarlo á cabo, cuando no depende su realización de la única y exclusiva voluntad de quien lo formula.

Así ocurrió que si el general francés se propuso apoderarse de Gerona, los habitantes de la heroica y leal población resolvieron por su parte no darle gusto.

Puesto el uno á la ciudad, abiertas las trincheras con todas las reglas del arte y establecida la artillería de sitio en lugar conveniente, abrióse sobre la plaza un nutrido fuego, que fué en debida forma contestado por los gerundenses, quienes antes y por cuantos medios estuvieron á su alcance habían procurado estorbar los trabajos de los sitiadores, dándoles á entender con tal conducta que no era su ánimo el de dejar que lograsen sus propósitos con facilidad y á



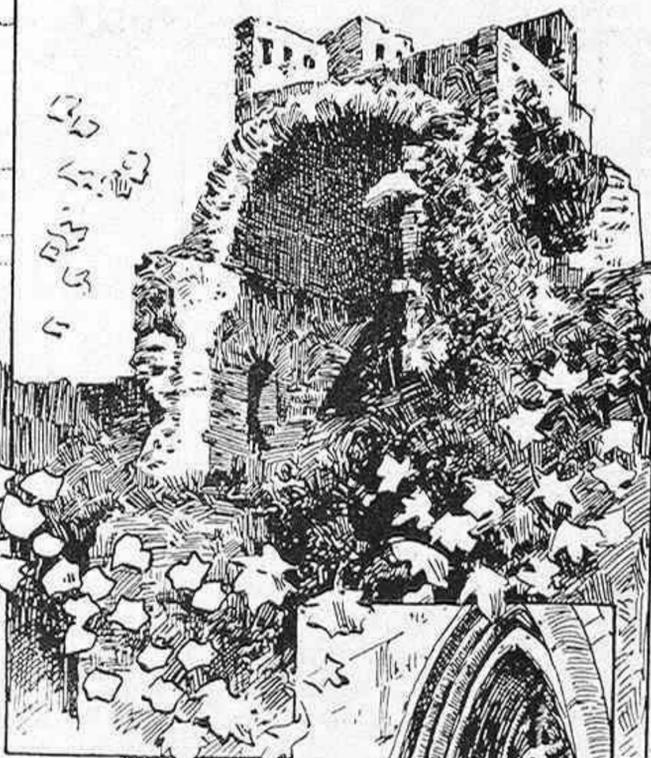
CATEDRAL - ENTRADA





CAMPANARIOS DE LA CATEDRAL DE SAN FELIX

TORRE DE ALEMANES



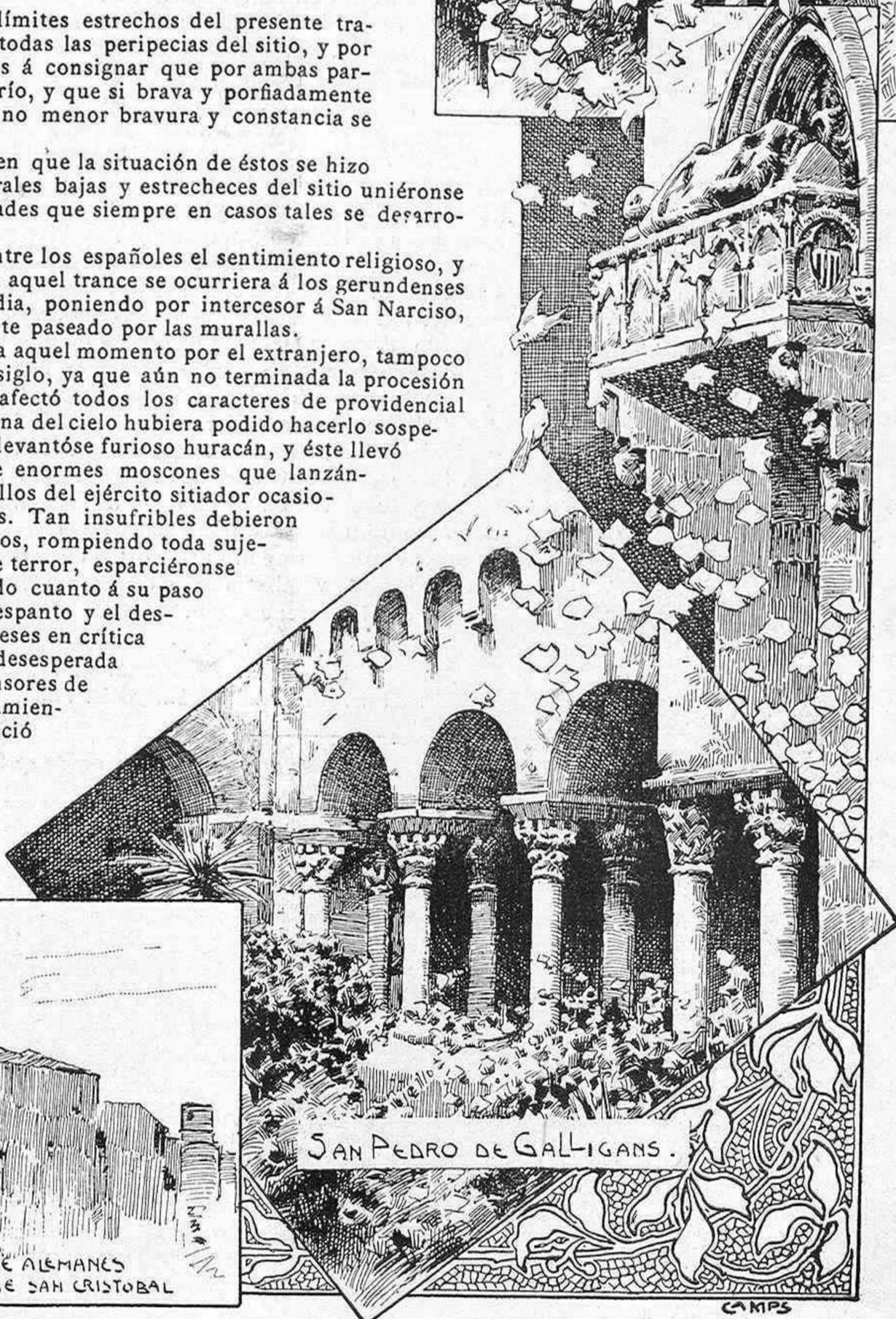
poca costa. No cabe en los límites estrechos del presente trabajo una inmensa reseña de todas las peripecias del sitio, y por lo tanto, es forzoso limitarnos á consignar que por ambas partes se sostuvo con terror y brío, y que si brava y porfiadamente atacaban los franceses, con no menor bravura y constancia se defendían los de Gerona.

Pero llegó un momento en que la situación de éstos se hizo desesperada, pues á las naturales bajas y estrecheces del sitio uniéronse los estragos de las enfermedades que siempre en casos tales se desarrollan en toda plaza cerrada.

Era entonces muy vivo entre los españoles el sentimiento religioso, y así no es de extrañar que en aquel trance se ocurriera á los gerundenses impetrar la divina misericordia, poniendo por intercesor á San Narciso, cuyo cuerpo fué solemnemente paseado por las murallas.

Estas, no profanadas hasta aquel momento por el extranjero, tampoco lo fueron después, en aquel siglo, ya que aún no terminada la procesión realizóse un fenómeno que afectó todos los caracteres de providencial prodigio. Sin que señal ninguna del cielo hubiera podido hacerlo sospechar, cubriéronle las nubes, levantóse furioso huracán, y éste llevó consigo inmenso número de enormes moscones que lanzándose irritados contra los caballos del ejército sitiador ocasionáronles dolorosas picaduras. Tan insufribles debieron ser éstas, que los nobles brutos, rompiendo toda sujeción, desatentados, llenos de terror, esparciéronse por el campamento, arrollando cuanto á su paso se oponía, introduciendo el espanto y el desorden y poniendo á los franceses en crítica situación, que acabó de hacer desesperada una brava salida de los defensores de Gerona, y determinó el levantamiento del sitio. Desde entonces, creció la devoción de los gerundenses á su santo patrono, á quien atribuyeron la milagrosa victoria de los moscones.

EDUARDO BLASCO

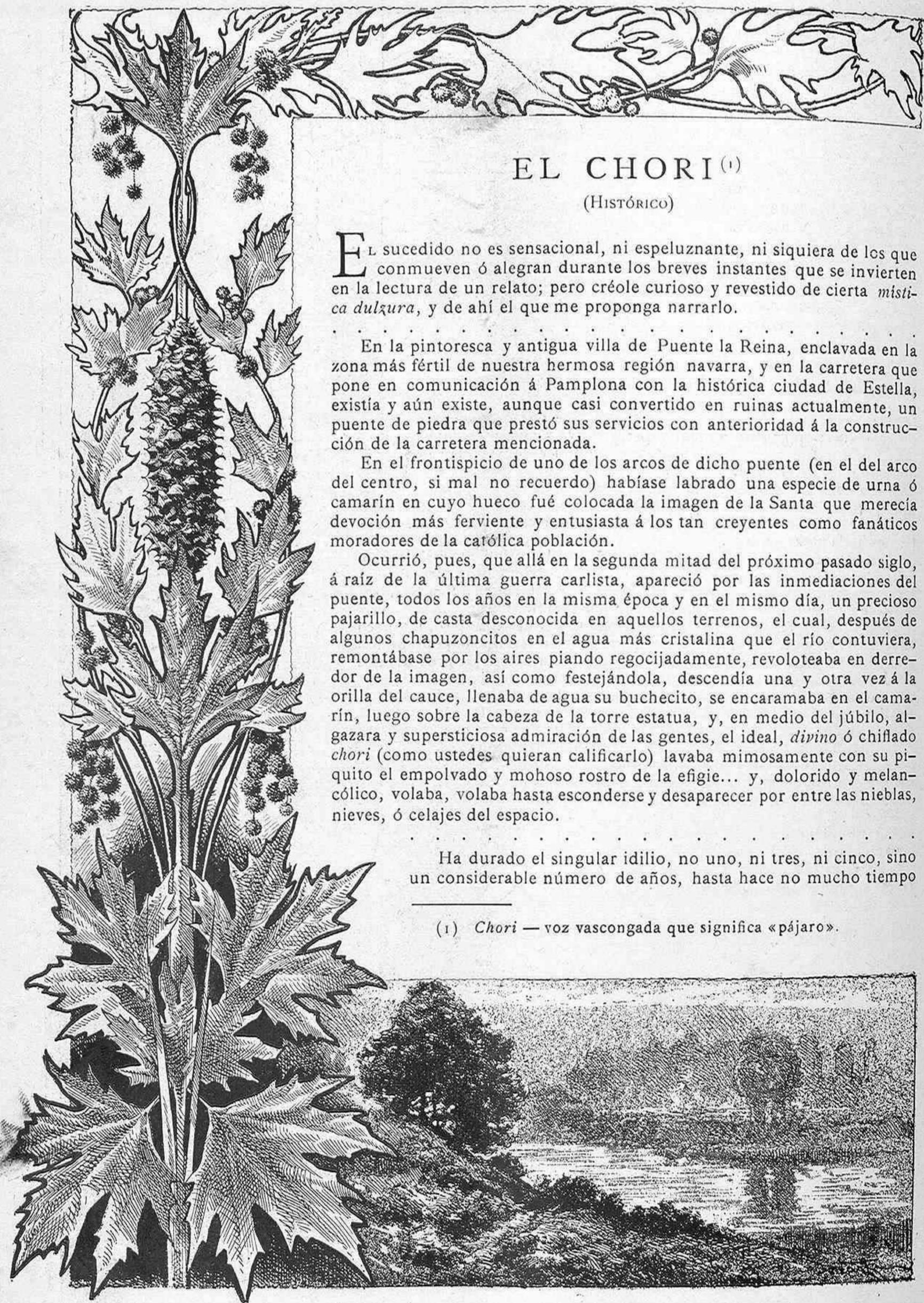


SAN PEDRO DE GALLIGANS



BRECHA DE ALEMANES
PUERTA DE SAN CRISTOBAL

CAMPS



EL CHORI⁽¹⁾

(HISTÓRICO)

EL sucedido no es sensacional, ni espeluznante, ni siquiera de los que conmueven ó alegran durante los breves instantes que se invierten en la lectura de un relato; pero créole curioso y revestido de cierta *mística dulzura*, y de ahí el que me proponga narrarlo.

En la pintoresca y antigua villa de Puente la Reina, enclavada en la zona más fértil de nuestra hermosa región navarra, y en la carretera que pone en comunicación á Pamplona con la histórica ciudad de Estella, existía y aún existe, aunque casi convertido en ruinas actualmente, un puente de piedra que prestó sus servicios con anterioridad á la construcción de la carretera mencionada.

En el frontispicio de uno de los arcos de dicho puente (en el del arco del centro, si mal no recuerdo) habíase labrado una especie de urna ó camarín en cuyo hueco fué colocada la imagen de la Santa que merecía devoción más ferviente y entusiasta á los tan creyentes como fanáticos moradores de la católica población.

Ocurrió, pues, que allá en la segunda mitad del próximo pasado siglo, á raíz de la última guerra carlista, apareció por las inmediaciones del puente, todos los años en la misma época y en el mismo día, un precioso pajarillo, de casta desconocida en aquellos terrenos, el cual, después de algunos chapuzoncitos en el agua más cristalina que el río contuviera, remontábase por los aires piando regocijadamente, revoloteaba en derredor de la imagen, así como festejándola, descendía una y otra vez á la orilla del cauce, llenaba de agua su buhecito, se encaramaba en el camarín, luego sobre la cabeza de la torre estatua, y, en medio del júbilo, algazara y supersticiosa admiración de las gentes, el ideal, *divino* ó chiflado *chori* (como ustedes quieran calificarlo) lavaba mimosamente con su piquito el empolvado y mohoso rostro de la efigie... y, dolorido y melancólico, volaba, volaba hasta esconderse y desaparecer por entre las nieblas, nieves, ó celajes del espacio.

Ha durado el singular idilio, no uno, ni tres, ni cinco, sino un considerable número de años, hasta hace no mucho tiempo

(1) *Chori* — voz vascongada que significa «pájaro».

que, no sé si por razones políticas ó estratégicas, el Capitán General del Distrito dispuso se inutilizara el puente, cortándolo, y se arrinconara la piadosa figura en evitación de delirios y fantasías que la extraña constancia del caprichoso *chori* iba creando en las imaginaciones débiles ó exaltadas por el fanatismo religioso.

Se soliviantó el pueblo, ante semejante determinación, protestó indignado, acudió al Obispo de la diócesis en demanda de ayuda y apoyo para conseguir que la autoridad militar desistiera de su propósito, pero rióse el Obispo, púsose de parte del Capitán General, hizo cuanto pudo para convencer á sus diocesanos de que lo del romántico pajarillo no tenía nada de milagroso, y el «orden y mando» fué cumplido.

Al año siguiente, encontróse el fiel y cariñoso *chori* con el puente dividido en dos, sin camarín y sin su adorada figurita de piedra... He oído á personas que presenciaron su llegada, que el pobre *chori*, voló de un lado para otro durante varias horas y que, al anochecer, afligido y desesperado, hendió los aires con rapidez vertiginosa y á los pocos segundos se precipitó en la corriente del río... ¡con ánimo de suicidarse!

Como yo no soy teólogo, ni naturalista, ni filósofo... cuento lo que oí, y me concreto á ofrecer al simpático y apasionado *chori* (vivo, muerto, ó como se halle) el testimonio de mi admiración y el respeto á sus amorosos y místicos sentimientos...

Y en cuanto á *todo* lo demás, me parece lógico que también los pájaros tengan su corazoncito...

EDUARDO GARCÍA QUEVEDO

LAS TURCAS

Hablando de las mujeres dijo Javier:—No me gustan, ni españolas, ni alemanas, ni brasileras, ni rusas.

Me gustan las orientales...

—Las orientales, sin duda, son hermosas, ojinegras, como las hijas de Cuba, francesas en lo elegantes y en lo gracioso andaluzas.

—Calle, que á las uruguayas no me refiero, don Lucas.

—¿Pues no dijo usted?...—Yo digo que estas mujeres me abruman, y que las que me enamoran y que me placen...—Concluya.

—Son las orientales...—¡Vuelta!

—Del Gran Oriente: las TURCAS.

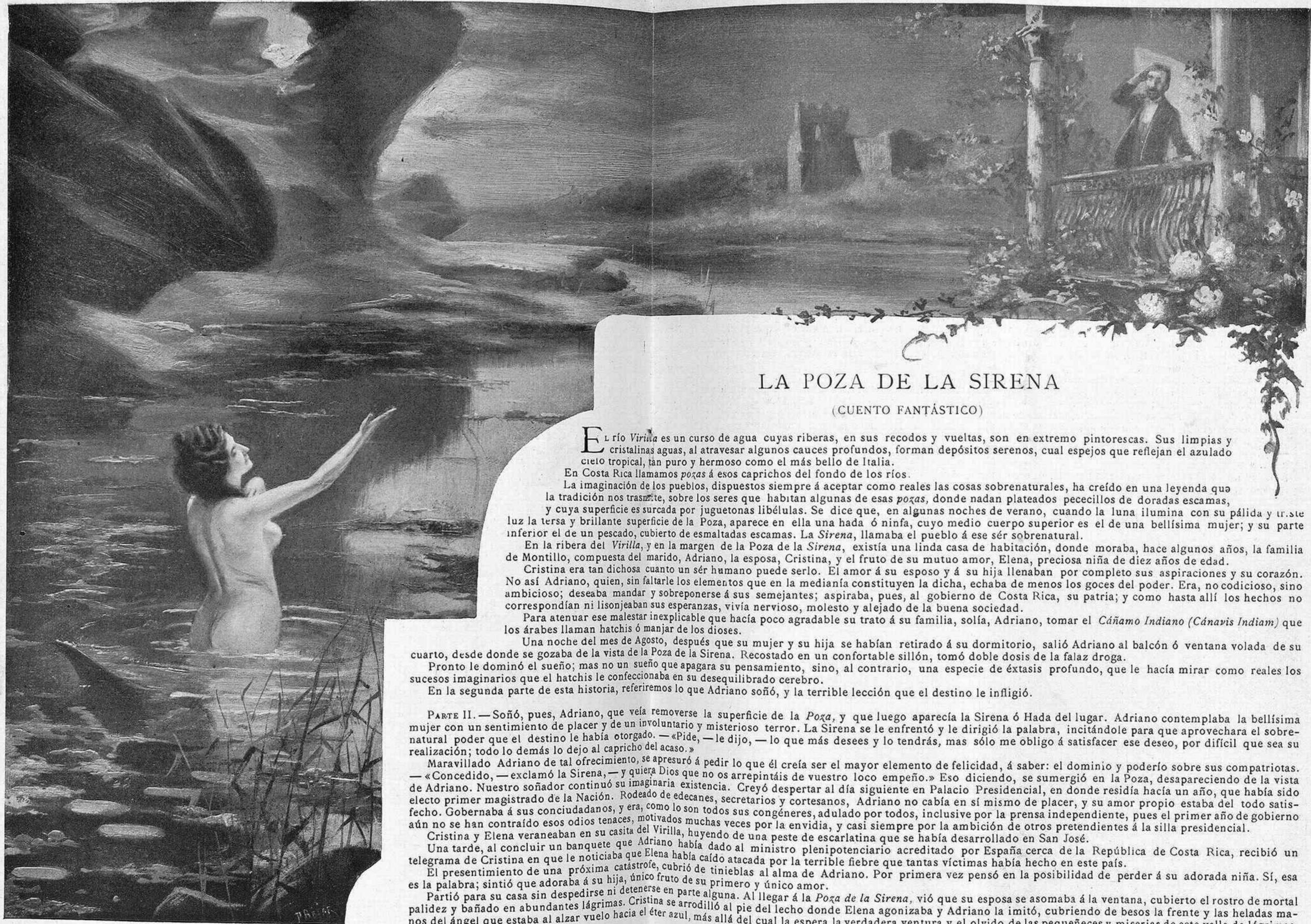
WASHINGTON P. BERMUDEZ

Montevideo.



HERRERO.

Fot. J. Laurent y C.^a



LA POZA DE LA SIRENA

(CUENTO FANTÁSTICO)

El río *Virilla* es un curso de agua cuyas riberas, en sus recodos y vueltas, son en extremo pintorescas. Sus limpias y cristalinas aguas, al atravesar algunos cauces profundos, forman depósitos serenos, cual espejos que reflejan el azulado cielo tropical, tan puro y hermoso como el más bello de Italia.

En Costa Rica llamamos *pozas* á esos caprichos del fondo de los ríos.

La imaginación de los pueblos, dispuestos siempre á aceptar como reales las cosas sobrenaturales, ha creído en una leyenda que la tradición nos transmite, sobre los seres que habitan algunas de esas *pozas*, donde nadan plateados pececillos de doradas escamas, y cuya superficie es surcada por juguetonas libélulas. Se dice que, en algunas noches de verano, cuando la luna ilumina con su pálida y triste luz la tersa y brillante superficie de la Poza, aparece en ella una hada ó ninfa, cuyo medio cuerpo superior es el de una bellísima mujer; y su parte inferior el de un pescado, cubierto de esmaltadas escamas. La *Sirena*, llamaba el pueblo á ese sér sobrenatural.

En la ribera del *Virilla*, y en la margen de la Poza de la *Sirena*, existía una linda casa de habitación, donde moraba, hace algunos años, la familia de Montillo, compuesta del marido, Adriano, la esposa, Cristina, y el fruto de su mutuo amor, Elena, preciosa niña de diez años de edad.

Cristina era tan dichosa cuanto un sér humano puede serlo. El amor á su esposo y á su hija llenaban por completo sus aspiraciones y su corazón. No así Adriano, quien, sin faltarle los elementos que en la medianía constituyen la dicha, echaba de menos los goces del poder. Era, no codicioso, sino ambicioso; deseaba mandar y sobreponerse á sus semejantes; aspiraba, pues, al gobierno de Costa Rica, su patria; y como hasta allí los hechos no correspondían ni lisonjaban sus esperanzas, vivía nervioso, molesto y alejado de la buena sociedad.

Para atenuar ese malestar inexplicable que hacía poco agradable su trato á su familia, solía, Adriano, tomar el *Cáñamo Indiano* (*Cánavis Indiam*) que los árabes llaman *hatchis* ó *manjar de los dioses*.

Una noche del mes de Agosto, después que su mujer y su hija se habían retirado á su dormitorio, salió Adriano al balcón ó ventana volada de su cuarto, desde donde se gozaba de la vista de la Poza de la *Sirena*. Recostado en un confortable sillón, tomó doble dosis de la falaz droga.

Pronto le dominó el sueño; mas no un sueño que apagara su pensamiento, sino, al contrario, una especie de éxtasis profundo, que le hacía mirar como reales los sucesos imaginarios que el *hatchis* le confeccionaba en su desequilibrado cerebro.

En la segunda parte de esta historia, referiremos lo que Adriano soñó, y la terrible lección que el destino le infligió.

PARTE II. — Soñó, pues, Adriano, que veía removerse la superficie de la *Poza*, y que luego aparecía la Sirena ó Hada del lugar. Adriano contemplaba la bellísima mujer con un sentimiento de placer y de un involuntario y misterioso terror. La Sirena se le enfrentó y le dirigió la palabra, incitándole para que aprovechara el sobrenatural poder que el destino le había otorgado. — «Pide, — le dijo, — lo que más desees y lo tendrás, mas sólo me obligo á satisfacer ese deseo, por difícil que sea su realización; todo lo demás lo dejo al capricho del acaso.»

Maravillado Adriano de tal ofrecimiento, se apresuró á pedir lo que él creía ser el mayor elemento de felicidad, á saber: el dominio y poderío sobre sus compatriotas. — «Concedido, — exclamó la Sirena, — y quiera Dios que no os arrepintáis de vuestro loco empeño.» Eso diciendo, se sumergió en la Poza, desapareciendo de la vista de Adriano. Nuestro soñador continuó su imaginaria existencia. Creyó despertar al día siguiente en Palacio Presidencial, en donde residía hacía un año, que había sido electo primer magistrado de la Nación. Rodeado de edecanes, secretarios y cortesanos, Adriano no cabía en sí mismo de placer, y su amor propio estaba del todo satisfecho. Gobernaba á sus conciudadanos, y era, como lo son todos sus congéneres, adulado por todos, inclusive por la prensa independiente, pues el primer año de gobierno aún no se han contraído esos odios tenaces, motivados muchas veces por la envidia, y casi siempre por la ambición de otros pretendientes á la silla presidencial.

Cristina y Elena veraneaban en su casita del *Virilla*, huyendo de una peste de escarlatina que se había desarrollado en San José.

Una tarde, al concluir un banquete que Adriano había dado al ministro plenipotenciario acreditado por España cerca de la República de Costa Rica, recibió un telegrama de Cristina en que le noticiaba que Elena había caído atacada por la terrible fiebre que tantas víctimas había hecho en este país.

El presentimiento de una próxima catástrofe, cubrió de tinieblas al alma de Adriano. Por primera vez pensó en la posibilidad de perder á su adorada niña. Sí, esa es la palabra; sintió que adoraba á su hija, único fruto de su primero y único amor.

Partió para su casa sin despedirse ni detenerse en parte alguna. Al llegar á la *Poza de la Sirena*, vió que su esposa se asomaba á la ventana, cubierto el rostro de mortal palidez y bañado en abundantes lágrimas. Cristina se arrojó al pie del lecho donde Elena agonizaba y Adriano la imitó, cubriendo de besos la frente y las heladas manos del ángel que estaba al alzar vuelo hacia el éter azul, más allá del cual la espera la verdadera ventura y el olvido de las pequeñeces y miserias de este valle de lágrimas.

Ilustrado por PABLO BÉJAR.

Una tristísima sonrisa acompañó la última caricia que la moribunda dirigió á sus padres, no con frases ni palabras que ya era impotente para pronunciar, sino con los ojos ya medio velados por la implacable Parca. La desesperación de los dos cónyuges sólo la comprenderán los que han perdido un sér amado cuando menos lo esperaban; pero el sufrimiento de Adriano superaba en mucho al de su esposa, porque estaba mezclado con los remordimientos que la indiferencia con su hija le producían.

Cuando pensaba que en vez de poderío estuvo en su mano haber pedido á la Sirena salud y larga vida para Cristina y Elena, su desesperación subía de punto. ¡¡Contentarse con mendigar un mando efímero, que tarde ó temprano debía cesar, dejando tras sí sólo odios y resentimientos!!

PARTE III. — El ejercicio de sus altas funciones como Presidente de Costa Rica le fué odioso, por lo que tuvo que retirarse del poder, llamando al Vicepresidente para que concluyera el período de cuatro años por el cual había sido electo.

La vida de Adriano, después de la muerte de Elena, fué un continuado tormento. Su único deseo era morir, para unirse por siempre con la que fué su vida y su esperanza.

Una noche del mes de Agosto, atormentado por el insomnio, se dirigió al balcón, desde donde se tenía una vista directa sobre la *Poza de la Sirena*. Se recostó en su largo sillón, y, llorando como un niño, pero con colérico acento, invocó á la ninfa de la Poza.

El agua empezó á hacer pequeñas olas, en forma de círculos concéntricos. Luego apareció aquélla en el centro de la Poza, más bella que nunca, pero también demostrando un semblante alterado por la cólera.

—«¿Qué deseas, necio mortal?»—le preguntó á Adriano.

—«Diosa ó demonio, cualquiera que sea la naturaleza de tu sér, yo te maldigo, porque me has hecho el hombre más desgraciado de la tierra. Devuélveme mi hija ó proporcióname una pronta muerte, para que pueda reunirme con ella; en cambio de esa merced, haz de mí un esclavo de mis compatriotas, en vez de ser yo su jefe y señor!..»

—«No tienes necesidad de ser esclavo ó señor. Conténtate con la parte de dicha que la Providencia te ha señalado. Adiós, y no olvides, despierto, la lección que la Sirena te ha dado dormido. Todo lo que has creído ver y sentir durante diez y ocho meses, que sólo en tu imaginación han trascurrido, no es más que el efecto del hatchis, en las ocho horas de sueño que esa droga te produjo. ¡¡¡Despierta, Adriano, despierta, yo te lo ordeno, y que Dios te guardé!!!...» Y Adriano despertó en su suave lecho, al calor de las caricias que, á porfía, le prodigaban Cristina y Elena.

Esta última, dándole mil besos, le preguntó el por qué había dormido tan agitado y sudoroso.

—«Calla, hija de mi alma; no me preguntes lo que he soñado: fué una horrible pesadilla, que me hizo sufrir tormentos sin iguales; pero que ahora hace de mí el hombre más venturoso de este mundo.»

Adriano, desde esa noche, fué realmente tan feliz como un sér humano puede serlo; sólo que de vez en cuando se acercaba á la *Poza de la Sirena*, y con la vista fija en la superficie del agua y el alma impregnada y dominada por un recuerdo, exclamaba en voz casi imperceptible:

—«¡Es posible que todo eso no fuera más que un sueño! ¡¡Dios mío, no permitáis que esa pesadilla se repita!...»

Adriano no volvió jamás á tomar el hatchis, ni otro narcótico que la conversación con la anciana nodriza de su esposa, que iba todas las noches á informarse de la salud de la familia.

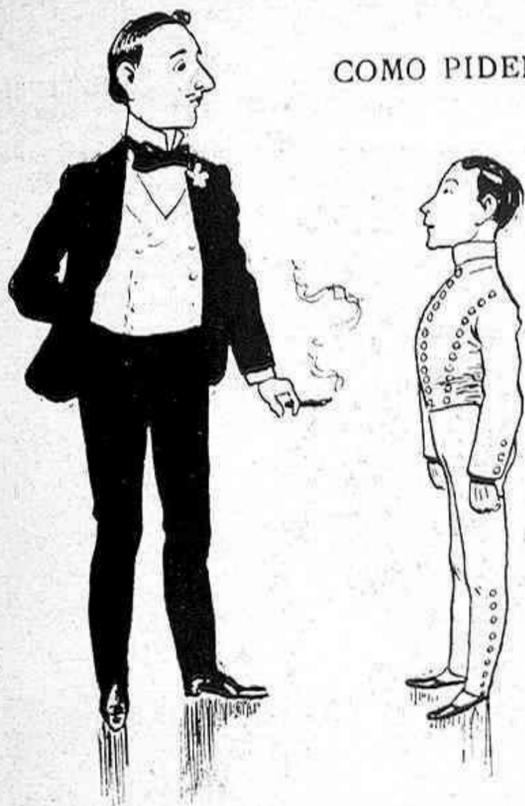
MANUEL ARGÜELLO MORA

San José de Costa Rica.



SALÓN DE ESGRIMA. — Cuadro de S. SÁNCHEZ BARBUDO.

Fot. J. Laurent y C.^ª



1.—Señor marqués, la señora le suplica pase usted á sus habitaciones. Está indispuesta...



2.—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?
—¡Déjame en paz!



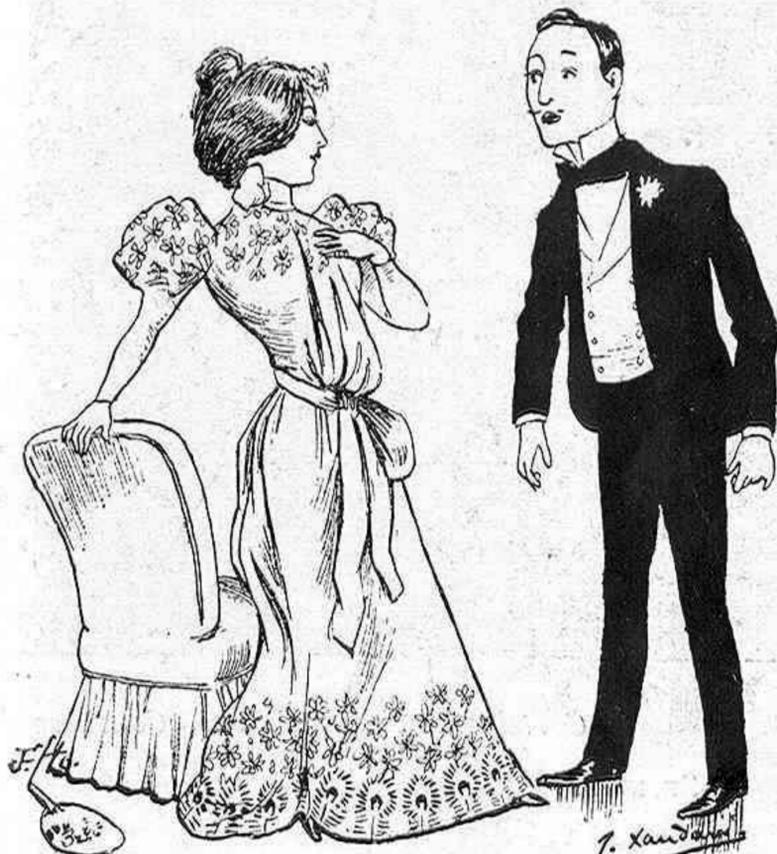
3.—¡Dios mío, que carácter!



4.—¿Te has incomodado con alguien? ¿estás enferma?



5.—¡No me marees más! ¡Déjame!



6.—Pues, tengo que á la condesa le regaló su marido una *riviere* de brillantes mejor que la mía!



Cartel anunciador de un «Concurso de tiro de palomos», en Monte-Carlo.

SERIE I.^a

NÚM. 44